

Roma en el “Journal de Voyage” de Montaigne

GUIDO DONOSO NUÑEZ

El año 1580, recién publicados los dos primeros libros de sus “Essais”, emprende Montaigne, prosiguiendo la tradición paradigmática señalada por otros insignes compatriotas suyos —pensamos en Du Bellay y Rabelais— la concretización de un propósito largamente anhelado y meditado: viajar a Italia —el hontanar de la nueva cultura— a través de las azarosas pero sugestivas rutas de Francia, los cantones helvéticos y la Alemania meridional.

¿Motivos de tan significativa determinación?

Varios. Y es el propio Montaigne el que se encarga de instruirnos al respecto.

Reconoce, sin más, no tener una especial inclinación por los menesteres hogareños. Viajando, obviamente, sepultaba en el olvido todas las incómodas y con frecuencia ingratas preocupaciones del vivir casero y sedentario.

Otra causa más general: “su disconformidad —escribe— con las costumbres presentes” de la Francia. “Las costumbres presentes” —corresponde la explicación¹— aluden a las guerras de religión, las luchas entre católicos y protestantes, que coetáneamente, y con irrefrenable violencia devastaban el suelo galo. En Suiza, en Alemania y en Italia, descontados problemas y dificultades de alcances restringidos, reinaba la tranquilidad, el orden, la paz.

Razones de salud justifican, igualmente, este prolongado periplo. En efecto, hacia la fecha antes indicada, el “mal de piedra”, los cólicos, ya no le daban reposo.

¹ Ensayos, 111, 9.

Escéptico y defraudado respecto a la medicina y los médicos de su tiempo, nuestro filósofo había llegado al convencimiento de que las aguas termales —con su amplio espectro de bondades— podían ser un remedio eficaz para su mal. El itinerario de su viaje incluía algunos de los baños más célebres de Europa —Plombières, Baden, Lucca—; no es de extrañar, entonces, que lo veamos visitarlos, y seguir los tratamientos pertinentes con admirable perseverancia.

Pero lo dicho, no es todo; hay algo más todavía; otra razón; y a nuestro juicio, mucho más determinante e incitadora que las indicadas, de la peregrinación foránea del autor de los "Essais"; ella no es otra que su ansia vehemente de saber, su proclividad a conocer realidades nuevas e ignoradas.

Nutrido Montaigne en los valores propios del Renacimiento —época de curiosidad universal, de "descubrimiento del hombre y del mundo", según la definición de Burckhardt—, compartió vigorosamente el singular espíritu de la edad que le tocó vivir. Y ese espíritu implicaba inquietud, indagación, afán de horizontes diversos y lejanos.

Lo expresado, sin embargo, autoriza una observación.

En efecto. Tenemos tendencia, en ocasiones, a imaginarnos un Montaigne enclaustrado en la biblioteca de su castillo, componiendo en su recoleto aislamiento sus inmortales "Ensayos", lejos del quehacer mundano, y marginado casi permanentemente del vivir cotidiano.

Nada más lejos de la realidad.

El insigne filósofo no fue de ninguna manera un sedentario contemplativo, apartado de las excelencias del mundo en su austero encierro castellano.

Por el contrario. Viajó por el reino, estuvo en París —ciudad que amaba y admiraba²— no sólo una sino en varias oportunidades; fue miembro del Parlamento de Bureos, y, lo que es más significativo, tuvo acceso a la Corte, merced a su designación —iniciativa del soberano Carlos IX— para el honroso cargo de gentilhomme de la Cámara Real.

En cuanto al deleite de viajar, su opinión sobre el particular ha quedado suficientemente explicitada en el "Journal", y también en los "Essais": "Bien sé que tomándolo literalmente —escribe— este placer de viajar comporta un testimonio de inquietud y de irresolución. También son mis cualidades maestras y preponderantes. Sí, lo confieso,

² "Gloria de Francia y uno de los más nobles adornos del mundo" escribe en sus "Ensayos", añadiendo luego que ama París "tiernamente hasta en sus verrugas y sus manchas". Ensayos, 111, 9.

... el solo deseo de la variedad me satisface y también la posesión de la diversidad''³.

“El viajar me parece un ejercicio provechoso. El alma, viajando —agrega en otro lugar—, percibe cosas desconocidas y nuevas, y, como digo a menudo, no conozco mejor escuela de formación de la vida que el proponerle incesantemente la diversidad de muchas otras existencias, imaginaciones y usanzas, y hacerle saborear la perpetua variedad de formas de nuestra naturaleza’’⁴.

Las citas ahorran mayores comentarios. Montaigne fue, en verdad, un hombre de acción, inquieto, curioso, inquisitivo, sociable.

Su peregrinación de largo aliento de los años 1580 y 1581, grávida de satisfacciones de todo orden, pero también salpicada de molestias e incomodidades, lo confirma nítidamente.

A dicha gira —específicamente a su estada en Roma— queremos referirnos en este ensayo, para lo cual nos serviremos, obviamente, de su interesantísimo “Diario de Viaje”.

Tal “Diario”, fue descubierto en 1772 por un abate de apellido Prunis, canónigo de La Chancelade (Gascuña), en un viejo castillo que había pertenecido antaño a Miguel de Montaigne. Fue publicado dos años más tarde, con el título “Journal de voyage de Michel de Montaigne en Italie, par la Suisse et l’Allemagne, en 1580 et 1581”, y contiene el detalle pormenorizado de los lugares recorridos por el filósofo, y los sucesos protagonizados por él en aquella multifacética excursión.

El relato fue escrito, en parte, por un secretario de Montaigne, y en parte, por el ilustre pensador, siendo la amplitud de ambas secciones más o menos igual. La calidad de la prosa —es pertinente decirlo— no es evidentemente la misma en una y otra de estas divisiones; sin embargo, las dos comparten una misma y relevante cualidad: exhiben un lenguaje notablemente fluido, espontáneo, simple, directo, carente de retorcimientos innecesarios y de aderezos superfluos. Es esto, justamente, lo que hace su lectura una empresa amena y deleitosa, cosa, desde luego, no corriente en la prosa del siglo XVI.

El “Journal” constituye un documento valiosísimo para el estudio y el conocimiento de la vida europea de las postrimerías de la centuria indicada. En efecto, es notabilísima la cantidad de noticias que el autor nos proporciona. Referencias de la más diversa índole —geográficas, sociales, artísticas, costumbres y otras— cautivan en cada página la atención del

³ Ensayos, 111, 9.

⁴ Ensayos, 111, 9

lector, constituyendo todo el conjunto de esas informaciones, una especie de presentación cinematográfica, ágil, enjundiosa e instructiva, de la realidad material y humana de las comunidades visitadas.

Pero eso no es todo. El "Diario", en verdad, no agota su riqueza en esas solas consideraciones. Algo más es imprescindible agregar y relieves. Y al decir esto, concretamente, me refiero al muy estimable valor del "Journal", en lo que dice relación a Montaigne mismo; a Montaigne en su específica, desnuda y auténtica conformación humana. En este aspecto, decididamente, la obra que comentamos tiene alcances y aporta antecedentes tan significativos como los "Essais"; los cuales permiten, naturalmente, completar de una manera adecuada la imagen de la interesantísima personalidad del gran pensador.

Llegado a este punto, y sin otro preámbulo que añadir, ingresemos sin más en el examen del dilatado itinerario de nuestro autor.

El día 5 de septiembre de 1580, y acompañado de una corta comitiva a caballo —séquito que incluía como cabezas principales el noble señor de Estissac, y su propio hermano, señor de Manthecoulon— salió Montaigne de Beaumont —sur— Oise (Bobigny), lugar próximo a París, rumbo al este en demanda de la frontera suizo-germana.

No nos corresponde —dado el tema de nuestro estudio— referirnos a los distintos y variadísimos lugares y ciudades visitados por nuestros andariegos gascones, aquel año 1580, en su ruta hacia la capital pontificia.

Baste con señalar, que, dicho periplo incluyó entre otros puntos de interés: Munich, el valle alpino del Inn —"el más agradable paisaje que hubiese visto jamás"⁵, según declara Montaigne—, Trento, Verona, Vicenza, Padua, Venecia, ciudad que a nuestro filósofo le decepciona un tanto, lo que no le impide reconocerla con "excepcional diligencia"⁶, y luego una vasta comarca, de cambiante fisonomía, donde llanuras muy fértiles cedían su lugar a extensísimas y deprimentes marismas, "une infinie étendue de pays boueux, stérile et plein de cannes"⁷.

Más allá, Ferrara y Bolonia, como hitos de mayor significación; y a continuación tras una deleitosa detención en la villa Pratolino, y sus fascinantes jardines, el esplendor artístico de la incomparable Florencia. El Campanile —"le clocher"— parece haber impresionado a nuestro

⁵ Montaigne: "Journal de Voyage en Italie", Librairie Générale Française, París, 1974, pág. 126.

⁶ Ibíd., ed. cit., pág. 179.

⁷ Ibíd., ed. cit., pág. 187.

humanista más que ningún otro monumento de la ciudad del Arno, pues no vacila en calificarlo como “une des belles choses du monde et plus somptueuses”⁸.

En la prosecución de la jornada —y tras una provechosa pausa en Siena— un camino montuoso, árido, pedregoso y poco grato —salvo la fértil planicie de Viterbo— condujo a nuestros esforzados viandantes a su meta —Roma—, capital donde ingresaron el último día de noviembre de 1580.

La primera impresión de la Ciudad Eterna, y de su entorno, parece haber sido poco favorable, a juzgar por los juicios del “Diario” relativos a la campiña circundante.

“El aspecto del país —comenta el “Journal”—, desagradable, abollado, lleno de profundas grietas... el terreno desnudo, sin árboles, gran parte estéril, la comarca muy abierta en todas direcciones; más de diez millas a la redonda, y casi todo en las mismas condiciones, muy poco poblado de casas”⁹.

Esta descripción de los alrededores romanos, no difiere mayormente de la vertida por otros contemporáneos de los viajeros gascones.

Benvenuto Cellini —el gran escultor y orfebre del quinientos—, entre otros, solía ir allí de caza, según lo refiere en sus conocidas “Memorias”: “De manera que para huir el comercio de los hombres —cuenta—, asustado de la peste, le echaba una escopeta al hombro a mi Pagolino, y él y yo solos nos íbamos a visitar las antigüedades. De manera que muchas veces me volvía cargado de palomas”¹⁰.

Lugar de caza abundante, toda aquella vasta comarca —a despecho de algunas poblaciones erigidas en los siglos XV y XVI— era, en verdad, un amplísimo semidesierto, un erial que se prolongaba hacia el sur en las marismas pontinas, cañada para unos cuantos centenares de pastores paupérrimos. Uno de los sectores más amplios de aquella área pantanosa, era el de las salinas de Ostia: es “una gran planicie de marisma donde el mar se arroja”, informa el “Journal”¹¹.

Todas esas superficies de ciénagas, tanto en Italia como en el resto del Mediterráneo, estaban frecuentemente infestadas de malaria. “Acqua, ora vita, ora morte”, repetían en la centuria XVI. Ahora bien, los estragos de dicha enfermedad, no se habían atenuado, en absoluto, hacia la época

⁸ Ibíd, ed. cit., pág. 201.

⁹ Ibíd, ed. cit., pág. 218.

¹⁰ Cellini, B.: “Memorias”, ed. Iberia, Barcelona, 1959, Vol. 1, pág. 52.

¹¹ Montaigne: “Journal de Voyage”, ed. cit., pág. 282.

que comentamos. Incluso, hasta podría afirmarse, que se había producido un recrudescimiento del mal.

Así, al menos, lo piensa Braudel.

¿Razón de ello? La conquista y utilización de nuevas tierras —siglos XV y XVI— en situación de ser colonizadas en la misma península italiana. “Si Italia falla en la conquista de colonias lejanas —apunta Braudel—, si permanece al margen de ese gran movimiento, ¿no es, entre otras razones, porque estaba ocupada en conquistar dentro de sus propias fronteras, todo el espacio susceptible de aprovechamiento según las técnicas de la época, las planicies inundadas, hasta las cumbres?”¹².

Algunas observaciones del propio Montaigne, corroboran la idea enunciada por el gran historiador francés contemporáneo. En efecto, en el “Journal” señala como hecho notabilísimo, que, en las montañas en torno a Lucca, los trigales y los viñedos han sustituido a los “bosques y a los castaños”¹³. Cerca de Spoleto, le llama vivamente la atención, la existencia de habitaciones sobre las cumbres vecinas¹⁴.

Ahora bien, cabe la pregunta, ¿qué otras tierras más prometedoras y tentadoras para cualquier aspirante a colonizador, que las espaciosas llanuras anegadizas a que se ha hecho mención?

Sin embargo, aquellos atractivos e incitantes parajes tenían un inconveniente de considerable magnitud. Braudel se encarga de especificarlo. “Nada más nocivo —comenta— que el primer contacto, la primera remoción de tierras infestadas. Colonizar la planicie equivale con frecuencia a morir”¹⁵.

La campiña romana, desnuda, estéril, escasamente poblada, e inficionada de malaria por añadidura, no siempre había tenido las características desfavorables mencionadas.

“Este camino de Ostia a Roma —indica Montaigne—, que es la “vía Ostiensis”, tiene muchas huellas de su antigua belleza, muchas calzadas, varias ruinas de acueductos, y casi todo el camino sembrado de grandes ruinas; y, por lo menos en dos partes, está dicho camino aún pavimentado con ese grueso cantero negro, con el cual ellos (romanos) cubrían sus carreteras”¹⁶.

¹² Braudel, Fernand: “El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II”, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, Vol. 1, pág. 59.

¹³ Montaigne: “Journal de Voyage”, ed. cit., pág. 386.

¹⁴ Ibíd, ed. cit., pág. 318.

¹⁵ Braudel, F.: ob. cit., Vol. 1, pág. 59.

¹⁶ Montaigne: ob. cit., pág. 283.

Todo esto era indicio, naturalmente —y así lo debe haber entendido Montaigne— de un poblamiento antiguo relativamente acentuado. Y así fue, en efecto. El agro romano estuvo, ciertamente, en la antigüedad, ocupado en toda su extensión. Contaba con importantes acueductos y la malaria causaba allí pocos estragos. La catástrofe llegó con los ostrogodos, en el siglo V, al cegarse los sistemas de distribución del agua. Esto demuestra que, en las planicies mediterráneas, la conquista del hombre es siempre precaria: si el esfuerzo del pionero se relaja, retorna el desierto, la malaria y la trashumancia, y todo lo conseguido se desvanece con asombrosa rapidez.

Así ocurrió en la campiña romana en las centurias posteriores a la “*volkerwanderung*” del siglo V. La reconquista del suelo no pudo lograrse, sino hasta comienzos de la centuria XIV, luego de alternativas diversas —que no es del caso detallar—; y eso, de una manera muy relativa. Tal despegue económico no fue, sin embargo, de larga duración. Hacia fines del XVI, la región volvía de nuevo a la postración, el debilitamiento, y la franca decadencia.

Justamente, la degradación que constata Montaigne. El ilustre pensador la atribuye a una razón específica. “Los accesos de Roma —explica— casi por todas partes, se ven en gran medida incultos y estériles, sea por defecto del terreno, o por lo que yo encuentro más verosímil, que es el hecho de que esta ciudad casi no tiene obreros y hombres que vivan del trabajo de sus manos”¹⁷.

Ahora bien, si la aseveración de Montaigne es básicamente acertada en lo que dice relación a la estructura de la población romana, pienso, sin embargo, que carece de validez, como presunta causa del desaprovechamiento, y, por consiguiente, de los ostensibles rasgos de aridez de la comarca alledaña.

En efecto, hay constancia de que la población de Italia estuvo en progresivo ascenso a lo largo de todo el siglo XVI¹⁸, y ello explica, entre otros acontecimientos, la intensa labor de colonización interior que se evidencia en dicha centuria, fenómeno que no se habría desarrollado de no haber sido por la existencia de una auténtica presión poblacional.

Por lo tanto, oferta de fuerza de trabajo había; y ésta —por lo que

¹⁷ Montaigne: “*Journal...*”, ed. cit., pág. 283.

¹⁸ En general, el siglo XVI en Europa, es una etapa de expansión demográfica. En lo que respecta a Italia —y así lo afirma Cipolla— su población puede estimarse muy verosímilmente, en 10,5 millones hacia 1500, y en 13,3 millones hacia 1600. Cipolla, Carlo: “*Historia Económica de Europa. Siglos XVI y XVII*”, Ariel, Barcelona, 1979, pág. 30.

sabemos— no padecía restricciones, ni limitantes, para trasladarse de un punto a otro de la península. El mismo Montaigne —sin ir más lejos— constata la presencia de trabajadores estacionales que acostumbraban venir a laborar, todos los años, en las fincas de los alrededores de la capital pontificia.

“En camino encontré —escribe— cuando vine aquí, varios grupos de aldeanos que venían de los Grisons y de la Savoia, a ganar algo en la estación de trabajo de las viñas y en las huertas; y me dijeron que acostumbraban hacerlo todos los años”¹⁹.

Una referencia en el mismo sentido encontramos en las “Memorias” de Cellini, en el capítulo —el XXVII— en que el autor relata sus experiencias de caza en la citada región. Dice textualmente: “Además, mediante aquella diversión mía, había ganado la amistad de algunos buscadores, que andaban por allí vigilando a ciertos campesinos lombardos, los cuales venían cuando era la estación a cavar las viñas. Estos al cavar la tierra, hallaban siempre medallas antiguas, ágatas, prasmas, cornalinas, camafeos; también encontraban joyas...”²⁰.

La oferta de mano de obra, por lo visto, era normal, pues se disponía, para los requerimientos del área, además de los trabajadores de la región, de suficientes contingentes de braceros nortños, que, a juzgar por los testimonios indicados, habían convertido en hábito la emigración estacional al agro romano.

Falla, por este motivo —pensamos—, la explicación de Montaigne, citada anteriormente, en el sentido de que habría sido la falta de jornaleros la causa del deterioro de la campiña latina. Otras son, en verdad, las motivaciones de aquel proceso; entre ellas, la poderosa incidencia del factor de forestación.

Recordemos, al efecto, que la lucha contra el bandolerismo en la centuria XVI —y muy particularmente en la época del Papa Sixto V— se traducía, con frecuencia, en incendios sistemáticos de las malezas y arbustos que les servían de escondite, actividades que aceleraron la desarborización de la región, con resultados funestos en cuanto a agravamiento de la erosión y recrudecimiento de la malaria.

Al margen, sin embargo, de este antecedente, hay causas de naturaleza más contingente y local, que —como luego veremos— han contribuido a provocar el fenómeno de envilecimiento a que hacemos referencia.

¹⁹ Montaigne: “Journal...”, ed. cit., pág. 283.

²⁰ Cellini, B.: “Memorias”, ed. cit., Vol. 1, pág. 53.

Entre esas causas hay una de considerable envergadura: la tendencia cada vez más acentuada, de parte de los grandes propietarios de la región, a transformar en áreas de pastoreo, tierras dedicadas a cultivo.

Hay una razón poderosa que explica ese cambio; y es la siguiente. Roma llegó a convertirse en el XVI en un importante mercado consumidor de carne de cordero, y de algunos lácteos. Pues bien, para los interesados, abastecer con esos productos las casas romanas —las que podían permitirse tal gasto, naturalmente— resultó a la larga un negocio más rentable que asegurar un pan barato a las masas populares.

De ahí la modificación reseñada. En el campo romano, por lo tanto, al igual que en la Inglaterra de Tomás Moro, los rebaños de ovejas expulsan a los hombres de la tierra; pero allí donde los hombres y los cultivos desaparecen, y donde los bosques y los matorrales retroceden, la malaria avanza. Es lo que aconteció en la planicie romana. Y así, el daño quedó consumado. El daño que Montaigne constataba aquel año 1580 al arribar a la ciudad papal.

Pero hay, todavía, otros hechos interesantes en aquel periplo.

Me refiero a ciertas curiosas y originales construcciones que nuestro filósofo tuvo ocasión de observar en la playa de Ostia.

Expone el "Diario", textualmente: "Los Papas, y notoriamente éste (se refiere a Gregorio XIII), han hecho levantar en esta costa de mar, grandes torres o atalayas, aproximadamente a una milla de distancia entre una y otra, para precaverse de las irrupciones de los turcos, que acostumbran hacerlas aún en tiempo de vendimia, capturando ganado y hombres. Estas torres, mediante disparos de cañón, se alertan unas a otras, con tal rapidez, que la alarma apresuradamente vuela a Roma"²¹.

Ahora bien, no es ésta la única referencia que el "Journal" contiene respecto a este sugestivo tipo de edificación. De nuevo nuestro autor pudo contemplarlas —semanas después— durante su visita al puerto adriático de Ancona, luego de haber cumplido con uno de los objetivos de su viaje a Italia: ofrecer su voto de veneración a Nuestra Señora de Loretto, concurridísimo santuario próximo a la citada bahía. En esa oportunidad, Montaigne incluyó —en su "Diario"— una corta explicación sobre la forma de operar de aquel dilatado sistema defensivo basado, como se indica, en una continua línea de torres de observación.

"Oí de noche —refiere— un cañonazo en los Abruzzos. En este reino, y más allá en el de Nápoles, hay torres a distancia de una legua entre una y otra; la primera que descubre una fusta de corsario da la señal

²¹ Montaigne: "Journal...", ed. cit., pág. 282.

con fuego a la segunda centinela, ésta a la tercera, con tal rapidez, que se ha verificado que en una hora (!), desde el extremo de Italia la advertencia corre hasta Venecia''²².

La misma pequeña ciudad de Loretto —observa Montaigne— estaba circundada de murallas y fortificada, en prevención de incursiones otomanas²³.

La razón de todo este amplio aparato defensivo —desplegado principalmente en el "mezzogiorno", Nápoles y Sicilia— era, como nuestro autor lo ha indicado, la omnipresente amenaza turca, mancomunada a la acción tenaz e implacable del corso berberisco.

El año 1538, su triunfo sobre los venecianos en La Prevesa, le dio a los osmanlíes una preeminencia indiscutida en el Mediterráneo oriental —que mentendrán hasta Lepanto— mientras Kairedín Barbarroja, vasallo del Sultán, se convertía, desde sus bases del Mogreb —principalmente Argel— en una pesadilla para los cristianos en los mares del occidente mediterráneo.

Pues bien, ese año 1538 marca el comienzo del método de defensa que comentamos. El año 1567, sabemos, había 313 torres de vigilancia en las costas napolitanas. En Sicilia, entre 1535 y 1543, se edificaron 137 de las mismas, por orden del virrey Ferrante Gonzaga²⁴.

Estos eficaces aprestos italianos los vemos también concretarse, de igual forma y poderío, en las costas españolas, visitadas igualmente con desesperante frecuencia por los corsarios norafricanos.

A partir de la década del 70 del siglo XVI, el centro de gravedad de la guerra europea se traslada desde la cuenca del Mediterráneo hacia el norte del continente. España se ve abocada a la tenaz y enconada sublevación de los Países Bajos, y luego a una confrontación de grandes proporciones con Inglaterra que culmina en el desastre de la Invencible Armada. Francia se sumerge en el caos de las guerras de religión; y en el este los turcos se entregan a una guerra obstinada y sin respiro con Persia.

Amaína la guerra en el Mediterráneo. Lepanto marca el reflujo —al menos transitorio— de la acometividad otomana, circunstancias que, tal vez, pueda explicar la significativa referencia de Montaigne, en su "Journal", a la pequeña plaza fuerte de "la Rocca", próxima a Ostia. Allí, declara, "no se hace ninguna guardia"²⁵. Signo, creemos, de que la

²² Ibíd, pág. 334.

²³ Ibíd, pág. 324.

²⁴ Braudel, F.: ob. cit., pág. 80. Vol. 11.

²⁵ Montaigne: "Journal...", ed. cit., pág. 282.

persistente situación de beligerancia de las décadas anteriores comienza a perder ímpetu. Sin embargo, ello no significa que la anhelada paz regrese a las aguas mediterráneas, las que continuarán todavía —y por largo tiempo— siendo escenario de dura y empecinada confrontación entre la Cristiandad y el Islam.

Prosperan y se expanden —en efecto— otras formas de guerra. El fin de la lucha abierta y declarada entre los grandes Estados con intereses en dicho mar, hace que ascienda al primer plano, la piratería, ese belicismo de segunda clase, ya en alza desde los inicios del siglo XVI, y que ahora, a partir de los años setenta, conoce un nuevo y espectacular recrudecimiento.

Un increíble suceso relatado por Cellini en sus “Memorias” permite constatar las inusitadas proporciones alcanzadas por tales actividades. Refiere que, estando de visita en un lugar llamado Cervetera, hacia la costa de la planicie romana, y cerca de Civitavecchia, “fui asaltado —escribe— por muchos hombres, que, ...habían bajado de una fusta de moros; y cuando pensaban haberme estrechado en cierto paso, en el cual no parecía posible escapar de sus manos, monté de pronto en mi caballo, resuelto a salir de aquel peligroso paso...”. Termina señalando, después de agregar algunos pormenores, “pude, pues, salvarme y di gracias a Dios”, añadiendo que, “luego vieron la fusta en alta mar”²⁶.

Verdadero o imaginario, el episodio se ajusta bastante bien a la real y efectiva situación vivida en el Mediterráneo en la centuria decimosexta. El mar interior se había convertido así, en teatro de agresiones y brutalidades sin cuento; en vasto campo de acción de salteadores desbocados, y de audaces ávidos, despiadados y sin escrúpulos.

Ahora bien, es justo y pertinente puntualizar lo siguiente. La piratería a que hacemos referencia no comprende sólo la ejercitada por corsarios berberiscos norafricanos. Abarca, también —y esto es algo que a menudo se olvida— su atroz contrapartida: el corso cristiano, del cual son señalados paradigmas, los Caballeros de Malta, y, esos otros feroces asaltantes del mar, los Caballeros de San Esteban.

Ninguna testificación más elocuente de los desmanes y excesos aludidos —y naturalmente de la participación en ellos de moros y cristianos— que el apasionante relato de las descomunales aventuras —postrimerías del XVI y comienzos del XVII— del soldado español Alonso de Contreras.

A modo de ejemplo, he aquí algunas muestras de sus experiencias

²⁶ Cellini, B.: “Memorias”, ed. cit., Vol. 1, pág. 58.

bélicas. "Fuimos a Levante —escribe con la desinhibición que le es característica— donde hicimos tantas presas que es largo de contar, volviendo muy ricos, pero yo con ser de los soldados de a tres escudos de paga, traje más de trescientos ducados de mi parte, en ropa y dinero. Y después de llegados a Palermo nos mandó el Virrey nos diesen las partes de lo que se había traído; tocóme a mí un sombrero lleno hasta las faldas de reales de a dos, con que comencé a engrandecerme de ánimo, pero dentro de pocos días se había jugado y gastado, con otros desórdenes"²⁷.

Interesantísimos informes del ajetreo corsario, y de sus peculiaridades, nos proporciona el ameno relato de Contreras: piratería de cristianos contra cristianos²⁸, crueldad extrema de los musulmanes con sus prisioneros europeos²⁹, modalidades de los combates navales³⁰, etc.

No nos corresponde, sin embargo, ahondar más en este tema, por cuanto el objeto de nuestro ensayo es otro. Valga lo dicho, solamente, como informe y comentario a las observaciones del "Journal" sobre la piratería mediterránea a fines del siglo XVI, y los curiosos sistemas de defensa litoránea a que dio origen.

Hay, todavía, además del indicado, otros asuntos de considerable significación insertos en el "Diario"; todos ellos con suficiente riqueza como para concitar la atención de los lectores.

Uno de ellos, es ese sugestivo conjunto de anotaciones relacionadas con la propia Ciudad Eterna, tal como la vio Montaigne aquel año 1580, hace justamente cuatro centurias.

Muchas, y muy variadas, son esas indicaciones. Entre otras, las concernientes a la extensión de Roma.

Comprueba —con cierta perplejidad— el autor de los "Ensayos", que aproximadamente los dos tercios de la ciudad permanecían vacíos.

En efecto, sabemos que hacia las postrimerías del XVI, el sector habitado de la urbe pontificia abarcaba sólo el área comprendida entre el Tíber, el monte de la Trinidad, el Montecavallo y el Capitolio. En suma —como Montaigne lo indica— más o menos un tercio del total. Todo el resto consistía en jardines, campos, edificios, y extendidas ruinas, esporádicamente interrumpidas por algunas calles residenciales.

La población de la ciudad, centro del catolicismo, puede estimarse

²⁷ Contreras, Alonso de: "Vida del Capitán Alonso de Contreras", Alianza Editorial, Madrid, 1967, págs. 60-61.

²⁸ Ibíd, pág. 93.

²⁹ Ibíd. pág. 102.

³⁰ Ibíd, págs. 69-98 ss.

hacia la fecha en que Montaigne la visitó en alrededor de 115.000 habitantes. París, superaba entonces los 200.000; y era aventajada por Nápoles y Constantinopla, que contenían las poblaciones más numerosas entre las ciudades del continente.

Según el "Journal", Roma era apenas un tercio del tamaño de París; hacía hincapié, sin embargo, el "Diario", en que sobrepasaba a la capital francesa en belleza de calles y plazas y magnificencia de casas y edificios³¹.

Y así era en realidad. El año en que el autor de los "Ensayos" la recorrió, la capital pontificia se encontraba, ciertamente, en la cúspide de su desarrollo. Atrás había quedado la modesta ciudad de comienzos de siglo —la que conoció Rabelais en su primer viaje de 1532, todavía desfigurada con las patentes huellas del "sacco" de 1527—, población pequeña, jalonada de monumentos antiguos, la mayoría en ruinas, casas de ladrillo, callejuelas estrechas y sórdidas, y amplios espacios vacíos.

Al advenir, sin embargo, la segunda mitad del siglo XVI, Roma entra en un acelerado proceso de transformación. Ninguna ciudad italiana o europea, ni Venecia, París o Londres, conocieron en el curso de esa centuria un crecimiento tan notable como el experimentado por la Ciudad Eterna.

Cincuenta y cuatro iglesias contruidas o reconstruidas, 60 palacios nobiliarios nuevos, 20 villas, casas para 50 a 70 mil habitantes, dos nuevos barrios, 30 calles abiertas, 3 acueductos restaurados, capaces de asegurar —a través de 35 fuentes públicas— un aprovisionamiento regular de agua a la población, incluso a los lugares más altos: he aquí las cifras del "boom" de la construcción romana en el siglo XVI. Si recordamos que entre esas edificaciones se cuentan la cúpula de la basílica de San Pedro —cuya última piedra fue colocada el día de Pascua de 1598—, los palacios del Vaticano, de Letrán, de Montecavallo (hoy, el Quirinal), y además, el Colegio Romano, no es de extrañar el testimonio de tantos viajeros de aquella centuria, que, al regresar a Roma, después de años de alejamiento, manifestaban encontrarla prácticamente irreconocible.

El impresionante programa de construcciones a que he hecho referencia confirió un carácter peculiar a la economía de la ciudad papal, por cuanto convirtió a la edificación en la actividad de mayor significación económica, tanto por la cantidad de dinero invertida, como por la magnitud de la fuerza de trabajo empleada³².

³¹ Montaigne: "Journal...", ed. cit., págs. 254-255.

³² Según Mauro, sólo la basílica de San Pedro costaba hacia 1585 —cuando todavía no se habían iniciado la cúpula, la capilla Clementina, ni la fachada— la suma de un millón de escudos, es decir 29.400 kg. de plata fina. Mauro, F.: "Europa en el siglo XVI", Labor, Barcelona, 1976, pág. 78.

Pero eso no es todo. Artistas de distintos lugares de Italia encontraron allí empleo, y, por lo tanto, oportunidad para el despliegue de su experiencia y su talento. Es el caso de Peruzzi de Siena, Sanmicheli de Verona, Sanssovino de Florencia, Palladio de Vicenza, Vignola, oriundo del norte de la península. Detrás de estos arquitectos y de sus séquitos de artesanos y canteros arribaron los pintores y escultores, indispensables para la mejor y más adecuada ornamentación de los templos, palacios y mansiones.

Una fecha es significativa en esta admirable floración arquitectónica: 1568. Es el año en que se inicia la construcción de la iglesia de Jesús, obra de Giacomo Vignola, quien fallece en 1573, dos años antes de que su creación maestra se concluyera. Nació así la primera iglesia jesuítica propiamente tal; la cual va a servir de modelo a considerable número de templos cristianos profusamente repartidos en tierras europeas y americanas.

Pero no sólo los jesuitas contribuyeron al prodigioso ascenso artístico y religioso de la Roma del quinientos; también las restantes órdenes eclesiásticas. Dominicos, carmelitas, franciscanos, y otros, añadieron sus esfuerzos y recursos a los del pontificado, para concretar la tarea de dar realce, dignidad y magnificencia a la Ciudad Eterna.

De esta manera, Roma adquirió aquella cautivante fisonomía que fue siempre motivo de encendidos elogios para sus numerosos visitantes. Hecho notable, sin embargo. Y no puedo dejar de subrayarlo. No tiene el "Journal" —pese a la admiración que denota por la urbe papal— ninguna referencia al esplendor material o artístico de las iglesias romanas. Montaigne parece haber quedado sorprendentemente impávido e indiferente frente a tales portentos, lo que, ciertamente, no deja de llamar la atención. Y no es que haya omitido visitar algunos de los templos más celebrados: el día 25 de diciembre —según consta en el "Diario"— asiste a la misa papal en San Pedro; el 1º de marzo —esto ya corresponde al año 1581— escucha misa en San Sixto; el 22 del mismo mes, cumple con la devoción de las siete iglesias; el 25 va a San Juan de Letrán. Estos últimos ajetreos corresponden a las celebraciones de la Semana Santa.

Pues bien, el único comentario que le inspiran todos estos templos, es la falta de campanarios en la mayoría de ellos, y su pobreza en cuanto a imágenes artísticas; hecho que, muy probablemente, tenga relación con el catastrófico saqueo del año 1527.

"Las iglesias en Roma —escribe— son menos bellas que en la gran mayoría de las grandes ciudades de Italia; y, en general, en Italia y Alemania, menos hermosas que en Francia"³³.

³³ Montaigne: "Journal ...", ed. cit., pág. 279.

En San Pedro observa enseñas colgadas a manera de trofeos, votos atados a las murallas, pinturas representando acontecimientos memorables vinculados a la historia de la Santa Sede; es el caso de la batalla naval de Lepanto —“de Juan de Austria”, la llama Montaigne—, y la escena de la humillación del emperador Federico Barbarroja, ante el papa Alejandro III, en 1177. Todo esto acapara la atención de nuestro filósofo; aún más, se encarga de advertirnos que se encuentran en la “salle au-devant la chapelle Sixtine”³⁴.

Es decir, nada menos que a un paso de uno de los mayores tesoros del arte occidental: las prodigiosas pinturas de Miguel Angel en la Sixtina. Sin embargo, ni una sola referencia a esas maravillas. Aparentemente, la indiferencia de Montaigne se extendería, también, a otras obras maestras del Renacimiento italiano —conservadas en Roma, Florencia, Venecia, Padua, Siena, y otras ciudades— pues no hay en el “Journal” ningún comentario alusivo a ellas; y, si los hay, resultan singularmente parcos y tangenciales.

¿Falta de sensibilidad artística?

Stendhal piensa que ésta es la falla notoria del autor de los “Essais”.

“Voy a deshonrarme y a adquirir reputación de perverso”; escribe el gran novelista francés del pasado siglo, disculpando su pensamiento negativo sobre Montaigne. “En 1580 —puntualiza luego— cuando Montaigne estaba en Florencia, hacía solamente diecisiete años que había muerto Miguel Angel; todavía se hablaba en todas partes de sus obras. Los divinos frescos de Andrea del Sarto, de Rafael y del Correggio estaban en toda su lozanía. Pues bien: Montaigne, ese hombre tan inteligente, tan curioso, ...no dice una palabra de todo esto. La pasión de todo un pueblo por las obras maestras del arte le haría seguramente mirarlas ... pero los frescos del Correggio, de Miguel Angel, de Leonardo da Vinci, de Rafael, no le produjeron ningún deleite”³⁵.

Peca, sin embargo, Stendhal, de exageración. En efecto, basta leer, con cierta detención, el “Journal” para constatar que Montaigne no ha permanecido impermeable frente al esplendor del arte renacentista italiano.

Valgan, al respecto, las siguientes referencias.

Visitando Florencia —y más precisamente la basílica de San Lorenzo— pondera la existencia allí de “varios frescos, y muy bellas y excelentes estatuas de la mano de Miguel Angel”³⁶.

³⁴ Ibíd., pág. 279.

³⁵ Stendhal: “Pascos por Roma”, Obras Completas, Aguilar, México, 1964, Vol. 11, pág. 652.

³⁶ Montaigne: “Journal ...”, ed. cit., pág. 201.

En Roma, luego de haber contemplado desde el Janículo, el panorama general de la ciudad, se detiene nuestro filósofo en el Vaticano, para contemplar —especifica— “las estatuas encerradas en los nichos del Belvedere, y la hermosa galería que el Papa adorna con pinturas de todas partes de Italia”³⁷.

En la villa de los Este en Tívoli —y después de describir con parsimonioso entusiasmo y admiración las bellezas del parque y los jardines— indica Montaigne: “Vi allí, también, varias excelentes estatuas, y, notablemente una ninfa durmiente, una muerte, y una Pallas celeste”³⁸. A renglón seguido —y obviamente por asociación de ideas— evoca nuestro autor las esculturas que, en Roma, más le han agradado.

La enumeración es la siguiente: un “Adonis”, que ubica en casa del obispo de Aquino; la “Loba de Bronce”, y el “Niño que se arranca una espina”, del Capitolio; el “Sátiro”, perteneciente al cardenal Sforza; el “Moisés”, de San Pietro in vincula; y, la bella mujer —así la describe— que está a los pies del Papa Pablo III, en la nueva iglesia de San Pedro”³⁹.

El “Moisés” — a que alude— es el de Miguel Angel, ejecutado por el artista para el proyecto de la tumba del Papa Julio II; y el conjunto que menciona en último término, es la estatua de la “Justicia”, de Guillermo della Porta, entonces en la Basílica de San Pedro, la “nueva iglesia”, a que se refiere Montaigne.

En Pisa, visita el Duomo, donde admira “bellísimas puertas de metal”; y la iglesia de San Juan (el Baptisterio) “muy rica, en obras famosas de escultura y pintura”⁴⁰.

Y así por el estilo. Los ejemplos podrían ampliarse notoriamente; pero basta con lo dicho para atestiguar las preocupaciones estéticas de Montaigne. Notas y comentarios rápidos en las páginas de su “Diario” —insertas a lo largo de todo el extenso itinerario del viaje— evidencian su vivo interés por las diversas manifestaciones del arte.

Aun más, todavía. También la belleza de la naturaleza despierta reiteradamente en él espontáneas efusiones admirativas. Es el caso de las montañas del Tirol, del lago Garda, o de los soberbios parques de las villas Pratolino, Castello, o de los Este en Tívoli, para citar sólo algunos de los sitios más entusiastamente elogiados por el humanista.

La actitud de Montaigne en las ocasiones señaladas —y permítaseme

³⁷ Ibíd, pág. 255.

³⁸ Ibíd, pág. 307.

³⁹ Ibíd, pág. 307.

⁴⁰ Ibíd, pág. 430.

hacer el alcance— recuerda el episodio, tantas veces mencionado, de la ascensión de Petrarca al monte Ventoux, y las reflexiones del poeta en tan especialísima circunstancia. En el Renacimiento —asevera Burckhardt— germina el “descubrimiento del hombre y el mundo”. Pues bien, uno de los matices involucrados en ese “descubrimiento del mundo” es, precisamente, el encuentro de la belleza de la naturaleza, de ese sentimiento de emoción que, el esplendor de la realidad natural, del mundo físico, obra del Creador, puede hacer brotar desde el fondo mismo del espíritu humano. En este sentido —y corroborando la afirmación de Burckhardt— Petrarca y Montaigne, uno en los albores del Renacimiento, y el otro en su ocaso, al enfatizar los valores estéticos de la naturaleza, antes omitidos, han exaltado y puesto en evidencia una nueva y significativa dimensión de la obra del Supremo Hacedor.

En suma, el sentimiento de la belleza —tanto en las artes como en la naturaleza— no está ausente en las páginas del “Journal”.

Una observación, eso sí.

Las referencias artísticas de Montaigne son esporádicas, tangenciales, inusualmente concisas. Siempre frases breves, nunca párrafos. Mientras dedica dos o tres páginas a describirnos las maravillas de los jardines de la citada villa de los Este, el “Moisés” es sólo una palabra, un nombre. Moisés, a secas. Ni el autor es mencionado.

Por ningún lado —y pese al brillo del arte italiano de los dos siglos anteriores a Montaigne— los nombres de Rafael, Leonardo, Boticelli, Mantegna, Tiziano, Corregio, y los demás. Su ausencia es desconcertante. Y cuando hay alusión a determinadas creaciones artísticas —como las enumeradas líneas arriba—, la falta de un comentario o una indicación, aunque mínima de los méritos de la obra, provoca natural consternación. El hombre que ha escrito tan hermosas y magistrales páginas sobre la espiritualidad humana, ha olvidado entregarnos su opinión —una opinión que habría sido altamente significativa dada su envergadura intelectual— sobre las máximas elaboraciones del arte occidental.

¿Qué razones pueden explicar esta actitud? ¿Porqué esta abrumadora parquedad? ¿Porqué esta aparente indiferencia?

Algunas circunstancias pueden ayudar a dilucidar esta visible anomalía. En primer término, el interés de Montaigne apunta directa e insistentemente hacia la antigüedad; y no, primordialmente, hacia la realidad contemporánea. Dicho en forma más explícita, el autor de los “Ensayos” no buscaba en Roma, más que la Roma antigua. De ahí su apasionada búsqueda de ruinas, y las reflexiones que le sugieren. De ahí que, cuando decide enumerar, específica y concretamente, las obras de arte escultórico

que más le han agradado —doce en total— todas corresponden a creaciones del arte clásico, excepto dos que se inscriben en la corriente renacentista coetánea, la “nouvelle besogne”, como la llama Montaigne.

A esta circunstancia, agreguemos otra, que no podemos pasar por alto: la carencia de estudios estéticos en el siglo XVI.

En efecto, sólo en el siguiente siglo, y, más propiamente en el XVIII, las bellas artes constituyeron tema y objeto de estudios especializados. Winckelmann, Grimm, Diderot —para citar únicamente los más eminentes— son nombres que hay que tener presente cuando se hace referencia a la nueva consideración del arte surgida en la Edad de las Luces. Es ésta —en lo que respecta a la actividad estética— la era de los “salones”, de los viajes a través de Europa, de las exposiciones, los comentarios críticos, las vinculaciones estrechas entre las “élites” educadas y los artistas. Así, el gusto por las bellas artes se fue afinando y difundiendo, al mismo tiempo que se iba imponiendo en las minorías cultas un criterio más justo y objetivo sobre la creación estética.

Ahora bien, nada de lo dicho existía en el siglo XVI; y esto explica porqué Montaigne no pudo beneficiarse de una educación artística más acorde con sus altísimos méritos intelectuales.

Falto de una preparación adecuada en tal sentido, acuciado, además, por una preocupación vehemente por la romanidad clásica, Montaigne sólo vio a medias, someramente, las admirables realizaciones del arte renacentista italiano. No lo califiquemos, por lo tanto, con dureza; porque tal actitud, omitiendo las circunstancias indicadas, sería manifiestamente injusta.

Retornemos, ahora, nuestra atención —luego de estas consideraciones— a la estancia romana de nuestro filósofo.

Hacíamos referencia, líneas atrás, al interés apasionado de Montaigne por la Roma antigua, actitud que comparte con la generalidad de los humanistas de la época. Por eso lo vemos impacientarse por llegar pronto a Roma; pero una vez en la ciudad, su conducta se nos muestra extrañamente híbrida: admirativa, pero también, decepcionada. La imponente urbe que ha nutrido y enriquecido su adolescencia y juventud, es sólo un mito creado por los historiadores y los poetas. Los restos lastimosos de la capital imperial, las ruinas del pasado —constata con pesadumbre— son mucho más considerables de lo que se había imaginado.

En efecto, después de haber dedicado varios días al estudio de la ciudad, con la ayuda de libros y mapas, después de recorrerla paciente y atentamente, y de contemplarla desde lo alto del Janículo, llega Montaigne

a la conclusión de que la Roma de su tiempo, no es más que el “sepulcro” de la altiva y dominadora capital de antaño⁴¹.

“Un romano antiguo —comenta— no sabría reconocer el asiento de su ciudad, si él la viera. Ha ocurrido a menudo —añade— que después de haber excavado bastante en la tierra, se acababa por encontrar la cabeza de una muy alta columna que estaba aún en pie por debajo”⁴².

“Juzgaba, por muy claras apariencias —escribe el secretario de Montaigne repitiendo opiniones del filósofo— que la forma de estas colinas y sus pendientes, estaban completamente cambiadas respecto a la antigüedad, por la altura de las ruinas; y, tenía por cierto, que, en varios lugares marchábamos sobre los techos de las casas. Es fácil juzgar por el arco de Severo —agrega el secretario— que estamos a más de dos picas por encima del antiguo suelo; y, en verdad, casi por todas partes, se camina sobre la cabeza de viejos muros que la lluvia y los carruajes ponen al descubierto”⁴³.

El plan de la urbe imperial —a su entender— “ha cambiado infinitamente de forma”. “Algunos de estos valles —puntualiza— se han llenado; incluso, en los lugares más bajos, como por ejemplo, el de Velabrum, que en su parte más honda recibía la cloaca de la ciudad y tenía una laguna... el monte Savello no es otra cosa que la ruina del teatro de Marcello”⁴⁴.

Sobre los restos de antiguas construcciones —constata desolado el autor de los “Ensayos”— se han puesto los cimientos de nuevos palacios. “Es fácil ver —argumenta— que varias calles están a más de treinta pies por debajo de las vías de la actualidad”⁴⁵.

En suma, un espectáculo triste, lastimoso, deplorable. La idea —ya citada— del sepulcro, se afincó entonces en la mente del gran humanista; tiempo después, melancólicamente, volvería sobre ella, al aludir de nuevo a la degradada capital imperial. “He visto por doquier —escribe en su ensayo “De la vanidad”— ruinas, estatuas, cielo, tierra y hombres, y, sin embargo, nunca puedo ver la tumba de la grande y potente Roma, sin amarla y reverenciarla”⁴⁶.

La magnitud de aquellas ruinas, impresiona y conmueve a nuestro autor. Restos que ya habían emocionado a Du Bellay —“saintes ruines,

⁴¹ Ibíd, pág. 256.

⁴² Ibíd, pág. 260.

⁴³ Ibíd, pág. 241.

⁴⁴ Ibíd, pág. 259.

⁴⁵ Ibíd, pág. 260.

⁴⁶ Montaigne: “Ensayos”, 111, 9.

qui le seul nom de Rome retenez” —, y que, con posterioridad, inspirarían a ilustres poetas, pensadores, ensayistas y pintores. Las pinturas del francés Hubert Robert —árboles que hacen jugar su sombra sobre deteriorados templos romanos— y los grabados desconcertantes del italiano Piranesi —ambos en el siglo XVIII— vienen a la memoria al leer estas páginas de Montaigne; o, de la misma manera, los emotivos versos de Quevedo, plenos de un sentido similar:

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y, tumbas de sí propio, el Aventino.

Montaigne, formado desde su niñez en los valores y excelsitudes de la antigua Roma, no se resigna ante tal espectáculo de destrucción y devastación. Y así —desde el lamentable estrago del presente— fluye libre y espontáneo su pensamiento hacia la consideración del declive y caída de los imperios y la muerte de las civilizaciones. El auge, senectud y defunción de Roma, no son —a su juicio— obra del azar.

“Es una expresa ordenanza del destino —escribe— para dar a conocer al mundo su oposición a la gloria y preeminencia de esta ciudad, por un nuevo y extraordinario testimonio de su poder”⁴⁷.

Hay un destino inexorable —por lo tanto— que conduce las naciones y los imperios, desde el cenit del más alto poder y desarrollo, a la sima de la descomposición, degradación y ruina. Y, esto, como un proceso fatal, ineludible, al cual ni siquiera la mayor hegemonía conocida —la de Roma— ha podido escapar.

Una proyección del pensamiento de los antiguos —tan admirados por Montaigne— nos parece percibir en estas reflexiones. En efecto, lo que el filósofo llama “ordenanza del destino”; y lo que califica como “extraordinario testimonio de su poder” —alusión a la caída de Roma— ¿no es lo que los helenos y latinos designaban como Fortuna? ¿La de Polibio, por ejemplo? ¿O, tal vez, la hybris de los griegos? La “envidia de los Dioses”: la que hizo afirmar a Heródoto: “Dios no soporta que ninguno sea orgulloso salvo él mismo”⁴⁸.

Nos parece que el entronque, el enlace con el hontanar helénico, es suficientemente nítido.

Expresado lo cual, retornemos, sin más, a nuestra relación.

⁴⁷ Montaigne: “Journal ...”, ed. cit., pág. 258.

⁴⁸ Heródoto: “Los nueve libros de la historia”, Libro VII, Cap. 10.

No sólo la visión conmovedora de las ruinas concentra la atención meditativa de Montaigne.

“Encontré de nuevo —escribe el secretario aludiendo al humanista— el rostro de una gran corte atiborrada de prelados y gente de iglesias, y le parece (Roma) más poblada de hombres ricos, coches y caballos que ninguna otra ciudad que él hubiese visto antes. Dice, que, por la forma de las calles, y, notoriamente, por la multitud de personas, se parece más a París que cualquiera otra ciudad”⁴⁹.

La observación de Montaigne es justa, y pone de relieve uno de los rasgos definitorios de la Roma de las postrimerías del XVI.

En efecto, la existencia de un vasto estamento eclesiástico, dotado de cuantiosas rentas; agregado a una minoría nobiliaria dueña de considerables bienes —y ambos, por lo consiguiente, en condiciones de disfrutar de un alto nivel de vida— permitían a la ciudad papal exhibir ese multifacético fasto y riqueza a que hace mención nuestro autor.

Era Roma, por lo tanto —y en mayor proporción que cualquier otra población— una ciudad de rentistas y consumidores. Su menguada actividad productora llamaba justamente la atención.

“Es una ciudad, toda corte y toda nobleza —informa Montaigne en el “Journal”—; cada uno aprovecha de la ociosidad eclesiástica. No tiene ninguna calle comercial —agrega—, no hay más que palacios y jardines... La ciudad casi no cambia de aspecto, sea día de trabajo o de fiesta”⁵⁰.

¡Ninguna calle comercial! ¡Qué contraste con Florencia, Milán, Bolonia, y otros centros urbanos septentrionales! Y esto dejando al margen a Venecia y Génova.

La capital de la cristiandad —en suma— estaba organizada como un gran centro de consumo; circunstancia que se explica, ante todo, por la importancia de su población fija y flotante. En 1575 —cinco años antes del viaje de Montaigne— hubo alrededor de 400.000 visitantes. Cien mil extranjeros arribaron para la coronación de León X; y, según fuentes comprobadas, 1.200.000 personas llegaron, desde distintos puntos de la península y del continente, en el año 1600. Si se estima la población fija de la Ciudad Eterna en poco más de 100.000 habitantes para fines de siglo, las cifras mencionadas resultan asombrosas.

Pero, además, hay otro factor a considerar, en relación a la excepcional significación de Roma como núcleo de utilización de bienes y servicios; me refiero a la muy considerable magnitud de los gastos emprendidos por el

⁴⁹ Montaigne: “Journal...”, ed. cit., págs. 240-241.

⁵⁰ Ibíd, pág. 284.

gobierno papal. Ya hemos hecho mención a las ingentes sumas invertidas en construcciones. Agreguemos a ello el costo de la administración del Estado pontificio: nada menos que 300.000 escudos, es decir la quinta parte de los gastos totales. Sumemos, todavía, cien mil escudos —todas estas cantidades son en realidad enormes para la época—, dinero requerido para el mantenimiento de la Corte pontificia, el que aumentaba substancialmente cuando un Papa fallecía y debía reunirse el cónclave.

Pero esto no es todo. Es preciso adicionar a las cifras indicadas, las sumas dedicadas a subsistencia —granos, carne, leña y otros rubros— de los peregrinos, y de la población fija y flotante. “El consumo de vacunos —específica Mauro— pasó de ocho mil cabezas en 1559, a unas quince mil, en 1595”⁵¹. Según Delumeau, el romano de 1600 se alimentaba mejor que el parisiense de 1882”⁵².

En síntesis, basta lo dicho para transparentar la condición básicamente consumidora de Roma, y su estricta dependencia de los aportes y productos exteriores.

En el párrafo de Montaigne, anteriormente citado, se expresa, entre otros conceptos, la idea de que Roma era una ciudad “toda corte, toda nobleza”. La apreciación obliga a un comentario. En efecto, la capital católica de fines del XVI estaba socialmente estratificada en dos sectores diferentes: en la cúspide, la “élite” privilegiada —clero y nobleza—, en la base, el pueblo, la masa amorfa y heterogénea de “los de abajo”: artesanos, sirvientes, trabajadores ocasionales, mendigos. Faltaban allí, lo mismo que en la inmensa mayoría de las comunidades mediterráneas, los estratos medios, la burguesía, representada por los núcleos mercantiles y empresariales.

Estructurada de esta manera, la sociedad romana, no es de extrañar ciertos rasgos curiosos y sorprendentes del vivir cotidiano, que el “Journal” se encarga de relieves.

Es el caso notorio de la falta de actividad laboral, de la ociosidad —para decirlo con nitidez— que se evidenciaba en las calles romanas, por dondequiera que se trajinara, aun sin ánimo de hurgar o escudriñar todos los aspectos del acontecer citadino. Es un tópico frecuente en los relatos coetáneos, la continua y persistente referencia a la indolencia de clérigos y aristócratas. Por todas partes, pero singularmente agravada esta circuns-

⁵¹ Mauro, Frédéric: “Europa en el siglo XVI. Aspectos económicos”, Labor, Barcelona, 1976, pág. 175.

⁵² Delumeau, Jean: “Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVI siècle”, París, 1957, pág. 358.

tancia en los países del área mediterránea, eclesiásticos y nobles vivían en la holganza, la pereza, la inactividad, consumiendo —a veces en forma inmoderada— rentas cuantiosísimas aportadas por el trabajo de estratos inferiores.

Un reflejo sugestivo de lo expresado, es el siguiente párrafo de Montaigne: “El más común ejercicio de los romanos —escribe— es el de pasear por las calles; y ordinariamente, la tarea de salir de casa se hace solamente con el fin de ir de calle en calle sin objeto determinado. Hay calles especialmente destinadas a este servicio”⁵³.

En consecuencia, el aspecto de la urbe debe haber sido como el de un centro turístico de nuestros días. Al menos, así lo da a entender el autor de los “Essais”.

Hemos hecho referencia, páginas atrás, a los actos de la Semana Santa en la capital del Estado pontificio. Efectivamente, parte de la estancia romana de nuestro autor coincidió con los días de esa conmemoración, lo que le va a permitir efectuar interesantísimas observaciones, y emitir juicios igualmente significativos.

Montaigne participó en dichas ceremonias; y ese contacto estrecho con la piedad de las masas —involucro en el término a todos los niveles sociales— le lleva a afirmar —entre otras opiniones valiosas— la idea de que la religiosidad romana, pese a su magnificencia y esplendor, era en el fondo un catolicismo de exterioridad, de fachada, más que de intimidad, de vivencia auténtica de los valores de la fe. Algo de la crítica incisiva de Erasmo, al cristianismo de comienzos del XVI, asoma en estas consideraciones de nuestro filósofo. No obstante, en honor a la verdad, digamos que el reproche es muy lacónico, por lo cual pretender extraer de él mayores deducciones es en realidad aventurado.

Parangonándola con la devoción de sus compatriotas, les concede Montaigne, a éstos, una manifiesta superioridad⁵⁴. Las procesiones de flagelantes —que con rasgos tan vívidos y elocuentes nos describe el “Journal”— las interpreta Montaigne en el sentido ya indicado, esto es, como demostración extrema de un formalismo anacrónico, que, si bien, como espectáculo podía ser impresionante, en definitiva, aportaba muy poco a la consecución de un auténtico cristianismo.

Llama la atención el vivo interés de nuestro autor, respecto a los diversos actos de la aludida Semana Santa. Como queda dicho, no se limitó a ser un simple espectador; y es así como lo vemos asistiendo devotamente a los

⁵³ Montaigne: “Journal ...”, ed. cit., pág. 291.

⁵⁴ Ibíd, pág. 271.

oficios más solemnes y multitudinarios. Uno, particularmente, subraya Montaigne por su excepcional emotividad: la exposición del velo de Verónica⁵⁵.

Ahora bien, todas estas observaciones, referencias y reflexiones del insigne pensador a propósito de la Semana Santa, traen a nuestra memoria —por inevitable asociación— el debatido tema de su actitud frente a la religión en general, y el catolicismo en particular.

Digo, debatido, porque las opiniones son, al respecto, muy encontradas.

Durante la Ilustración —bien se sabe— Montaigne fue exaltado como conspicuo precursor del anticlericalismo dieciochesco; y, recientemente, ilustres literatos y ensayistas han insistido en interpretaciones en ese mismo sentido.

“Cada vez que Montaigne habla de cristianismo —escribe Gide— lo hace con la más extraña (a veces se diría con la más maligna) impertinencia. A menudo se ocupa de la religión, nunca de Cristo. Ni una sola vez se refiere a sus palabras; hay que dudar si ha leído alguna vez el Evangelio, o mejor aún, debemos creer que no lo ha leído nunca”⁵⁶.

En opinión del gran novelista francés contemporáneo, lo que a Montaigne le atraía del catolicismo, era su antigüedad y su insustituible influencia en la conservación del orden social. Glosa en apoyo de su idea el siguiente pensamiento del humanista: “En este debate por el cual Francia se ve agitada por las guerras civiles, el mejor y más sano partido es, sin duda, aquel que mantiene la religión y la política antigua del país”⁵⁷.

Tendría de esta manera el catolicismo de Montaigne —a juicio de Gide— un carácter meramente utilitario, se acepta, simplemente, porque sirve al objeto de mantener el orden y la estabilidad social, pensamiento cuya frialdad y cinismo recuerda conocidos planteamientos de Maquiavelo.

Daniel-Rops, el brillante historiador del cristianismo, argumenta, por su parte, que Montaigne en sus escritos, consciente o inconscientemente, socava las bases de nuestra religión, por su persistente actitud hedonista, neoestoicista y escéptica. Estos rasgos le dan a su catolicismo —a juicio de Daniel-Rops— un carácter endeble, contradictorio, censurable y decididamente ambiguo⁵⁸.

⁵⁵ Ibíd, pág. 294.

⁵⁶ Gide, André: “El pensamiento vivo de Montaigne”, Losada, Buenos Aires, 1944, pág. 28.

⁵⁷ Montaigne: “Ensayos”, 11, 19.

⁵⁸ Daniel-Rops: “La Iglesia del Renacimiento y de la Reforma. La Reforma Católica”, L. de Caralt, Barcelona, 1957, pp. 409 ss.

Sin embargo, pese a estas autorizadas opiniones, que, en lo substancial, pretenden presentarnos un Montaigne incrédulo, o, por lo menos, muy tibio en materia de religiosidad —criterios concordantes en cierto sentido con los de algunos egregios voceros de la Ilustración del XVIII— la obra total del filósofo —y en forma muy especial el “Journal”— no permite seriamente postular semejante conclusión.

En este aspecto, la importancia del “Diario” es excepcional; superior —me atrevo a decirlo— a los “Ensayos”. En éstos, su autor, nos habla mucho de sus lecturas, de sus experiencias, de sus reflexiones. Ha dicho cómo se comportaba consigo mismo y con los demás; de sus relaciones con Dios no ha dejado más que breves y esporádicas indicaciones. Ningún fervor religioso en los “Ensayos”; sólo alguna vez una mención de la Virgen, o de Jesucristo. “Nuestro Señor”, o “Nuestro Salvador”⁵⁹.

Muy distinta es su actitud en el “Journal”. Nos relata allí —libre de toda inhibición— su peregrinación a Loreto, su ex voto a la Virgen, su entrevista con el Papa, su participación —como se ha visto— en las conmemoraciones de la Semana Santa en Roma.

Raras y desprovistas de relieve son las referencias que pudieran ser consideradas lesivas, o mejor dicho, críticas, para el catolicismo. He aquí algunos de esos casos. Visitando, Montaigne, los conventos de la Orden de los Jesuitas de San Jerónimo —cofradía fundada en el siglo XIV— en las ciudades de Verona, y luego Vicenza, comenta con franca ironía: “No dicen misa, ni predicán”; “la mayor parte son ignorantes”; “se azotan, según dicen, todos los días”⁶⁰.

Otra página del “Journal” donde emerge de nuevo este tono sarcástico, es la interesantísima descripción de una sesión de exorcismo presenciada por nuestro autor en Roma. Las palabras del sacerdote a cargo del ritual correspondiente, y destinadas a justificar su ineficacia —“el diablo alojado allí era de la peor especie, porfiado, y que costaría mucho sacarlo”⁶¹, y otras por el estilo— no requieren mayor comentario sobre los propósitos de Montaigne al citarlas tan explícitamente.

Sin embargo, pese a todo lo indicado —y no hay otros ejemplos que mencionar en el “Diario”— la ironía montaigneana puede estimarse elusiva y deliberadamente amortiguada. Así el “Journal” —que no presen-

⁵⁹ Pasajes en que Jesucristo es citado con el título de Nuestro Señor: 111, 10 - 1, 27; como Nuestro Salvador: 1, 46.

⁶⁰ Montaigne: “Journal ...”, ed. cit. pág. 171.

⁶¹ Ibíd. págs. 269-270.

ta por ningún lado las audacias desconcertantes de los "Essais" respecto a la religión— es un libro notoriamente comprensivo, tolerante y respetuoso respecto a la fe católica.

En líneas anteriores he mencionado, muy de pasada, una entrevista de Montaigne con el Papa que entonces presidía el mundo católico, y gobernaba el Estado pontificio.

Se trata de Gregorio XIII (1572-1585), benefactor insigne, gran constructor, y cuyo nombre ha quedado vinculado a la reforma del calendario.

Pues bien; notabilísimas son las páginas dedicadas por el "Diario" a esta ceremonia. Sus puntos culminantes: el beso de la zapatilla pontifical, la presentación de los visitantes por el embajador de Francia —que había obtenido la audiencia—, y las exhortaciones del Papa al noble señor de Estissac y a Montaigne. A este último, el Santo Padre lo instó cordialmente a persistir en la devoción que siempre había manifestado a la Iglesia, y en el servicio al rey cristianísimo⁶².

Sobre el particular, no deja de tener importancia —cuando aún hoy día se plantean interrogantes sobre la posición de Montaigne frente a los problemas políticos y religiosos de su tiempo— el que, en esta solemne ocasión, el propio Santo Padre haya destacado la indefectible lealtad del ilustre ensayista hacia la Iglesia y su Rey.

Notable es el retrato de Gregorio XIII: "Un hermoso anciano, de talla mediana, el rostro lleno de majestad, una larga barba blanca, de más o menos 80 años, el más sano y vigoroso que sea posible desear para una edad así"⁶³.

No menos grata de leer, la cabalgata papal por las calles de Roma —en verdad todo un documento de la época— que el "Diario" nos describe en los siguientes términos: "Marchaban delante de él alrededor de doscientos jinetes de su corte en diversos atuendos. ...El Papa usaba un sombrero rojo, sotana blanca y capuchón de velo rojo... Montaba una jaca blanca, enjaezada de velos rojos, flecos y pasamanería de oro. Monta a caballo sin ayuda de escudero, a pesar de sus 81 años. Cada quince pasos daba su bendición. Junto a él marchaban tres cardenales, y luego, alrededor de un centenar de hombres armados, la lanza sobre el muslo, provistos de todo su equipo, salvo en la cabeza"⁶⁴.

Un hecho digno de recordarse en la estada romana de Montaigne,

⁶² Ibíd, pág. 247.

⁶³ Ibíd, pág. 248.

⁶⁴ Ibíd. págs. 251-252.

es la crítica a que fueron sometidos sus "Ensayos" —confiscados al momento de su entrada a la ciudad— por parte del funcionario encargado de esa misión en la Santa Sede, el llamado "Maestro del Sacro Palacio". Este, que no sabía francés, y que al efecto se hizo asesorar por un sacerdote de esa nacionalidad, devolvió días después a su autor el libro —con abundantes excusas y muestras de comprensión y simpatía, según Montaigne— incluyendo una serie de críticas, y la sugerencia adicional de corregirlas, si estimaba pertinentes las indicaciones.

Las objeciones en referencia tienen considerable importancia, por cuanto identifican aquellos párrafos o secciones de los "Ensayos", que la Iglesia juzgaba potencialmente peligrosos para la integridad de la fe. Si esas aprensiones nos parecen hoy día manifiestamente exageradas, no olvidemos la época que se vivía —la era de la Contrarreforma—, edad de severa intolerancia confesional y de implacables conflictos religiosos.

Veamos esas observaciones. Las más significativas —y el lector opine por sí mismo— son las siguientes: el empleo de la palabra "fortuna", en el sentido de destino, en lugar de providencia —el término "fortuna", tenía para la Iglesia claras e inadecuadas resonancias paganas—; el elogio de Teodoro de Beza y de Buchanan, como poetas, siendo ambos heréticos; el panegírico de Juliano el Apóstata; el deber de tener el "alma limpia", cuando oramos; la condenación de los suplicios.

Pues bien, Montaigne consideró todos estos pensamientos, simplemente "opiniones", de alcances humanístico-filosóficos, sin ninguna relación con artículos de la fe, o de la teología en general. En consecuencia, desestimó la sugerencia aludida, y no revisó, ni modificó nada.

En virtud de esa categórica posición, recibiría —como se sabe— entusiastas elogios de los filósofos de la Ilustración del siglo XVIII; y, algunos de sus ensayos —señaladamente el titulado "De la libertad de conciencia", que contiene la apología de Juliano el Apóstata⁶⁵— les proporcionarían a esos pensadores, interesante material para atacar la Iglesia.

Largo sería extenderse sobre todos los variados y atractivos temas, relativos a Roma, considerados por Montaigne en su "Diario". La necesidad de espacio nos obliga a sintetizar, lo cual, en el caso nuestro, significa dejar de lado episodios tan cautivantes, como las alternativas del carnaval, por ejemplo⁶⁶, los detalles del atuendo de la época⁶⁷, la visita del ilustre

⁶⁵ Montaigne: "Ensayos", 11, 19.

⁶⁶ Montaigne: "Journal ...", ed. cit., pág. 264.

⁶⁷ Ibíd., págs. 265-66.

humanista a la Biblioteca del Vaticano⁶⁸, su breve referencia a los judíos residentes en la ciudad⁶⁹, el relato impresionante de la ejecución del temido jefe de bandidos Catena⁷⁰, en fin, el breve y deleitoso informe de las peripecias del pintoresco y despistado embajador moscovita ante la corte pontificia⁷¹.

Lectura riquísima y amenísima la del "Journal". Ella nos permite comprender mejor a Montaigne en su condición humana, en sus preocupaciones, sus inquietudes, sus anhelos, sus pensamientos. En este sentido, es un complemento indispensable a los "Essais". La imagen del hombre Montaigne que nos entregan las páginas de los "Ensayos", se aclara, se define, se perfila con nitidez en los capítulos del "Diario", texto escrito para uso personal de su autor, y, por lo tanto, más libre, desinhibido, y espontáneo. Hasta me atrevería a aseverar, que el Montaigne del "Journal" resulta más abierto, más cercano al común de las personas, más auténtico, más humano, en suma, que el pensador académico, en cierto modo, lejano y frío, controlado y sentencioso, al que estábamos acostumbrados.

Por otro lado, el "Journal" es, indiscutiblemente, un testimonio valiosísimo de su época. Gentes y lugares desfilan con vivacidad casi cinematográfica ante nosotros; y las escenas descritas se graban en forma perdurable.

Nadie, por lo tanto, que quiera forjarse una imagen de la Italia del quinientos finisecular, o de los cantones suizos, o de la Alemania meridional, debiera dejar de consultar este sugestivo y cautivante relato. Es una

⁶⁸ Ibíd, pág. 273 ss.

⁶⁹ Ibíd, pág. 290.

⁷⁰ Ibíd, págs. 252-253.

⁷¹ Representante del Zar Iván el Terrible, no era el primer embajador de Rusia ante el Estado pontificio. Antes hubo uno en 1472, ante Sixto IV, y otro —entre 1523 y 1525— ante el Papa Clemente VII. La referencia de Montaigne al embajador ruso es inolvidable: "Vestía un manto escarlata —escribe— y una sotana de paño de oro; el sombrero en forma de bonete de noche de paño de oro forrado de pieles, y por debajo un casquete de tela plateada".

"Su nación es tan ignorante de los asuntos de acá —agrega— que había llevado a Venecia cartas de su Señor dirigidas al gran gobernador de la Señoría de Venecia. Interrogado sobre el sentido de esta inscripción, respondió que ellos pensaban que Venecia estaba bajo la soberanía del Papa, el cual enviaba allí gobernadores, como a Bolonia, y otras partes".

Su misión consistía en obtener que el Papa hiciese desistir al rey de Polonia de la guerra que había emprendido contra Rusia; a cambio, "ofrecía, incluso, reducir algunas diferencias de religión que había con la Iglesia Romana", afirma Montaigne.

⁷² Ibíd, pág. 272.

experiencia fecunda, necesaria. Aporta información, induce a meditar, sugiere reflexiones; y, por añadidura, retrata a su autor en su plena dimensión humana.

El gran Montaigne, el admirable Montaigne, emerge más admirable aún de estas notabilísimas e inolvidables páginas; y éstas se convierten así en digno colofón y complemento de su magna y genial creación: los "Ensayos".